

ineludible mandato, no conocido al parecer hasta entonces, se reservan no obstante deliberar con maduro consejo los pretendidos fieles para cuando se presente el delegado, quejándosele mientras tanto de que se circulen desde Alcudia á las otras villas intimaciones con terribles amenazas para acudir allí con armas y caballos, y recelando que con los ya guarecidos y los que cada día llegan ávidos de venganza en pos de su señoría, no le formen escolta más propia de un caudillo que de un mediador. Sin responder éste de actos ajenos y privados, y atendido á lo imparcial y rígido de su papel, insiste en la imposibilidad de asentarse como ministro de paz y justicia en medio de armas y tumultos, y en las instrucciones recibidas del monarca hasta obtener sumisión cumplida, tan plena como desea de ciudad tan principal y tan querida para él como su nativa Barcelona.

No sé si estarían de este ánimo los jurados, y menos aún el lugarteniente de gobernador y el de regente, de cada vez más identificados con el alzamiento; pero de seguro no lo estaban Colom ni sus secuaces, ni aun dado que lo quisieran, les habrían permitido retirarse las desenfrenadas turbas que ya en vez de seguirles les empujaban. Hacíase imposible mantenerlas por más tiempo en el error de que el rey aceptara en servicio propio y en reforma y beneficio del reino las novedades hasta allí intentadas, de que no tuviera más enemigos la *santa* quitación sino los que vivían de opresiones y abusos y cuya mala voluntad le suscitaba efímeros tropiezos: de nada servía ya forjar cédulas, como las que supuso al principio el notario Miguel Nebot, saludadas por delirantes vítores y por las solemnes campanadas de *n'Eloy*, para persuadir que fuese preceptiva bajo graves penas la adhesión á la germanía; pues no era dable ocultar la desaprobación soberana que atraían tamañas desobediencias y atentados y lo formidable é inminente del castigo. De puro inevitable y merecido por los delitos pasados, temíase menos el provocarlo con otros mayores: al suceder á la ciega credulidad la desesperada evidencia, hacía al

pueblo más incorregible. A las dos primeras víctimas, ignoro cuáles y con qué motivo fuesen, que retrajeron á Ubach de hacer su entrada, siguieron diariamente otras, no diré de calidad, porque caballeros quedaban ya pocos en el recinto de los muros, á excepción de los refugiados dentro de la Seo cuyo asilo se respetaba, pero sí de mediana y aun humilde condición, menestrales de todo oficio, por una palabra de censura, por un deseo de justicia, por odio tal vez ó venganza particular, acusados, perseguidos, tumbados por arma alevosa en mitad de la calle. Las lanzas con fuerza arrojadas detenían al fugitivo, retirábanse con deleite humeantes y grasientas las espadas, estorbaban el paso los cadáveres desnudados y tendidos sobre muladares; escenas de canibalismo que deshonoraban la capital. Desconocíase toda autoridad: al jurado mayor Pelayo Fuster se le apuntaba el puñal al pecho para obligarle á suplir de propio los exhaustos recursos; al otro Paretó buscábale Colom para matarle por no sé qué aspiración al restablecimiento del orden; el clavario Bernardo de Juny acogiése á lugar sagrado, asesinado en el camino de Portopí su hermano Blas contador; á mosén Togores no le valieron los cargos admitidos de la revolución para no destrozarle la casa y tener que ocultarse; el mismo Pedro Juan Albertí, un día que trató de salvar á los hermanos Burgués, vió acogidas con insultante sorna en medio de la plaza de Santa Eulalia sus voces de *¡favor al rey!* sin respeto á su real sobrevesta, y no se libró otro día de ser registrado á la puerta de la catedral por sospechas de introducir comida para los reclusos.

Alcudia triunfaba moralmente á la sombra del pendón real, tanto que con los refuerzos traídos de la península por D. Francisco Burgués y de Menorca por su gobernador San Climente, se aventuró á salir de sus parapetos para romper el cordón en la Puebla atravesado á los que de diversos puntos trataran de acudir al llamamiento de los leales; y cogiendo quizá, por ser en día de la Asunción de Nuestra Señora, desprevenidos á los

rebeldes, en su mayoría payeses, se les puso en derrota, bien que sufriendo alguna pérdida en la retirada (1). Con no menos de tres mil peones y doscientos jinetes aprestóse la ciudad, contra su enemiga convertida en agresora, á renovar desde el 1.º de Setiembre los combates interrumpidos por cuatro meses al redor de los muros alcudianos, y el primer blanco de la gruesa artillería fué una torre más flaca al parecer que sus compañeras; pero hallándola los sitiadores más fuerte y mejor defendida de lo que esperaban, dirigieron sus baterías á la parte del Puerto Mayor, á cuya muralla más accesible se acercaron, protegidos por una trinchera de tierra y rama, hasta un tiro de piedra. Condolido de tantos males, asomóse al adarve el conciliador Ubach, y levantada por ambas partes la bandera de seguro, entregó á los jefes sublevados la carta de S. M., que arrojaron al suelo dándola por fingida, y tirando por respuesta escopetazos á los espectadores. Mientras preparaban á cubierto escaleras é ingenios para el asalto, cinco hombres de dentro inquietos del resultado, se decidieron á escurrirse por el foso con teas y alquitrán para incendiar la trinchera, que pronto fué una inmensa llama; y si con la confusión que produjo en el campo hubiese coincidido una salida de los sitiados, verificárase una carnicería que el benigno regente quiso excusar. Avanzó por fin sobre carretas la gran máquina, por estilo de la ensayada en el primer sitio (2), como casa de dos vertientes, terminada en una gabia superior á la altura del muro y capaz de diez tiradores, colocándola al amanecer del 17 frente á la torre que combatieron el

(1) Contradícense en este punto notablemente Mut y Escolano; el primero atribuyendo la victoria á los alcudianos, gracias al socorro que recibieron de los obedientes de Muro y de la misma Puebla; el segundo por el contrario suponiéndolos derrotados, cabalmente por acometida de los de Muro. Uno y otro calculan grande la pérdida de los vencidos, de 400 hombres la de los agermanados según Mut, de 450 la de los leales según Escolano; y es de extrañar que, siendo tan importante la jornada, la pasen en silencio los documentos y relaciones coetáneas, sabiéndose solamente por la información referente á los vecinos de Muro que los hubo entre ellos que pelearon y murieron en ambas filas.

(2) Véase atrás pág. 374, nota 2.ª

primer día, con la mira de atraer allí la mayor fuerza de los defensores y de atacar los puntos descuidados; pero no se dejaron engañar los vigilantes alcudianos y no abandonaron al enemigo puesto alguno por donde penetrar. Nada se decidió aquel día, y tales noticias sobrevinieron que el sitio muy pronto se levantó de callada, próximos á cambiarse los papeles, replegándose sobre su centro la rebelión en defensa propia, y lanzándose fuera de su asilo la legalidad para reconquistar la isla.

Navegaban con rumbo á Mallorca cuatro galeras reales al mando del general D. Juan de Velasco en compañía de trece naves y otras velas menores; y su gente de armas, y la que acaudillaba el valenciano Carroz levantada para socorro de Bugía, formarían un ejército de dos mil hombres (1), aparte de los muchos emigrados del país recogidos del continente. No menor número debía agregárseles en Ibiza, donde hicieron escala, y en primera línea el virrey, cuya plena reposición simbolizaba el supremo triunfo de la realeza. Allá iba la armada, objeto de tantos esfuerzos y sacrificios por parte de los que en ella veían el medio único de recobrar patria, familia, fortuna, y para realizarla obligaban haciendas y vidas (2): habíánla arrancado á la corte imperial, llegada apenas á la península, la infatigable solicitud del fiscal Pedro Juan Sa-fortesa y de Miguel Sureda Çanglada y los graves consejos del almirante Enríquez (3). En

(1) Á 1,200 hace subir Escolano los de Carroz, á quien llama Francisco y las informaciones coetáneas Ramón; á 800 los reduce Binimelis; cuántos eran los soldados de Velasco no se dice. Antes de entrar en campaña, hecha reseña, hallóse según Escolano que entre los extranjeros y los de la isla llegaban á 2,500.

(2) En Valencia por última vez acababan de reunirse á 4 de Setiembre hasta sesenta, en mayor número que en 8 de Febrero y predominando como entonces la clase principal, á fin de proveer de trigo, vino y otros víveres la armada que se aprestaba contra la *gran Babilonia* posesionada de la capital de la isla, para lo cual confieren poder de invertir en compra de diez mil cuarteras de grano hasta diez mil ducados de oro á Ramón Sa-fortesa doncel, Miguel Termens ciudadano y Juan Ribas mercader, quienes lo delegan en 14 de Octubre á Juan Antonio Barthómeu.

(3) «Si se pierde Mallorca, escribía al César el sesudo magnate, más perdido será el paso de la mar que el de la tierra para lo de Levante. Ofensa es de la real

Ibiza la detuvo el tiempo hasta los primeros días de Octubre; y no se embarcaron los refugiados mallorquines, á quienes en tan crítico lance debieran hermanar la común desgracia y el acorde propósito, sin que de los mutuos odios y rencillas pendientes les obligase Gurrea á firmar tregua por un año, y no sólo á los caballeros (1) sino á personas de menor rango; tan arraigado estaba en aquellas generaciones, á prueba de calamidades y apuros, el espíritu de bandería. Antes de lanzarse en brazos de los de Aleudía, evitando nota de parcialidad hasta con los servidores, cumplió dignamente con su alto encargo el lugarteniente real, presentándose el 13 de Octubre en el puerto de la ciudad, después de estar dos días á la vista, á intimar las órdenes del soberano: hervían en gentío armado la ribera del muelle, muralla y torres, en que ondeaban banderas y redoblaban tambores, y tremolaba el pendón del reino sobre el puente de madera (2), cuando de éste salió un esquife para la galera capitana con objeto de preguntar al general, hecha desdeñosa omisión del virrey que estaba al lado de éste y llevaba la voz, á qué venía, obteniendo por respuesta del uno y del otro que pareciesen á conferenciar allí los que se supusieran con autoridad bastante. Tres veces se repitió el mensaje, cada vez más insolente y por vulgar conducto (3), hasta que fué menester, á fin de extremar la condescendencia, enviar á tierra al veedor de la es-

autoridad de V. M. lo que allí pasa; y aunque sois muy grande, no es ejemplo de esta cuenta, pues cuanto mayor es V. M. más grande la ha de dar. No deje V. M. todas las cosas encomendadas á la fortuna; con poco lo puede remediar: hágalo con toda brevedad.» Hállase la carta en el tomo XVIII del Semanario de Valladares.

(1) Constan de 29 de Setiembre á 6 de Octubre los homenajes firmados por querellas de los Cavallerías con los Des-clapés y Campfullós, de los Torrellas y Valentins con los Puigdorfilas, de los Tornamiras y Fortunys con los Nicholau, de los Sant Johan, Sant Martí, Santacilia, etc.

(2) Estaba á la desembocadura de la Riera, en la misma plaza del Muelle, antes de construirse en 1620 la suntuosa puerta que hemos conocido en su puesto y se conserva en el jardín de la Lonja.

(3) Portadores del primero fueron Pedro Alvarado marino, y Nicolás Ripoll pelaire; del segundo Miguel Garau que fué descuartizado más adelante, del tercero el boticario Juan Oliver, el mercader Venteyol, el maestro herrero Juanote Çaragoça y el pelaire Reyas.

cuadra para entenderse con los jurados y el gobernador Albertí, al que halló revestido de sus insignias, acompañado del instador Colom y de su loco hermano, quienes gritaron desaforadamente que antes de admitir á Gurrea se dejarían hacer pedazos, sin osar contradecirlo aquellos por miedo de perder sus vidas á manos de la airada plebe. Mediaron protestas por ambas partes, y mucho fué que no pasaran aquel día de clamores y amenazas las hostilidades de los de tierra.

Bullía de fiebre revolucionaria la ciudad, atraídos á la cabeza todos los malos humores del cuerpo por el llamamiento que quince días antes, en 27 de Setiembre, había circulado Colom á los pueblos para que acudieran sin demora contra la multitud de traidores que surgían dentro y fuera, doliéndose del rompimiento de la paz hecho con crueldad más que de moros, y de los cincuenta hermanos suyos que yacían degollados y desnudos (1): con esto, perdido el temor á la peste que ya picaba, se había colado en la capital la escoria de los forenses. No obstante, al otro día de su llegada, desmintiendo insultos y rencores, trató el lugarteniente de exhortar al pueblo en prolija carta á sacudir la opresión que le tenía supeditado y á mirar con tiempo por sí, acogiéndose á la real clemencia: la respuesta fué disparar á hora de vísperas desde el muelle y desde Portopí á la escuadra, y á la capitana con preferencia, unos veinte tiros de bombardas, que con muerte de un hombre y heridas de varios y daño de los buques les obligaron á hacerse afuera. Cerrada la puerta de la negociación, franqueóseles entusiasta desembarco en Alcudía, donde unido al virrey el regente que le aguardaba é incorporadas las respectivas fuerzas, abrióse desde el 24 la campaña de reducción, empezando por enviar á Pollensa dos naturales de la villa, el notario Martorell y el presbítero Malonda, portadores del real edicto, que no era otro que el expedido un

(1) Alude sin duda á alguna salida de los alcudianos ó á otra agresión desconocida, si no inventada para inflamar las pasiones.

año atrás en Flandes. Fueron por mar los parlamentarios, pues estaba guardado desde un mes antes el paso de tierra por cuarenta hombres (1), y en el puerto dieron cuenta de su mensaje al instador Suau, quien pretextando necesidad de consultar con los demás regidores, y no admitiendo el pliego, difirió la contestación: todo aquel día y el siguiente en balde la aguardaron en la solitaria orilla los enviados (2). Adelantóse el virrey hacia el pueblo con ochenta caballos, y no sirvió la bandera blanca que enarbó para que cesaran los disparos del sacre y el fuego de las escopetas; fué preciso retroceder en busca de más fuerza, y en particular de los doscientos coseletes venidos en las galeras, á fin de barrer por delante á los sediciosos hasta la misma plaza. Entróse á saco la villa; mujeres y niños tomaron la iglesia por asilo, á la vez que los hombres por guarida, lanzando flechas envenenadas desde la torre, y las llamas prendidas á las puertas por los soldados sofocaron más de doscientas vidas. El premio de cien ducados ofrecido al primero que subiera al asalto, hubo de repartirse entre el valiente notario Nicolás Panadés y el capitán Miguel Domingo. De los caballeros murieron en la pelea Nicolás Quint y su hijo Francisco. Con el combate se mezclaron sumarias ejecuciones de prisioneros; salváronse algunos por las montañas. Para completar la sangrienta jornada, á las dos horas apareció un tardío socorro de milicia ciudadana, á cuyo encuentro salieron los vencedores poniéndola en derrota y dejando tendidos en el campo unos setenta (3).

(1) Data del 28 de Setiembre la determinación del consejo de la villa, fundándose en que *los homens de Alcudia son fets inimichs de la patria de dita vila y venen contra la patria de S. M., y de cascun dia vellan contra nosaltres, e estan á perill de ser saquetjats*: á cada uno de los cuarenta se le señalan por un mes dos florines de oro de fondos públicos.

(2) En el libro de actas de Pollensa se consigna la respuesta dada, á saber que si mandato real tienen el virrey y el regente, sea presentado en la ciudad, á la cual toca como cabeza de la isla admitirlo y reconocerlo, y lo que haga la ciudad, eso hará la villa.

(3) Mut toma de Escolano los detalles de la reducción de las germanías de Ma-

Más dócilmente oyeron el edicto intimado en la Puebla el 31 de Octubre dos vicarios de la parroquia y un jurado y algún otro vecino, ofreciendo sumisión é implorando misericordia; y trasladado allí el virrey con su ejército al otro día del de Difuntos, echó mano del vicario Bernardo Caldés para notificarlo á Muro. Detuvieron al enviado unos jinetes antes de su llegada, y traído á presencia de Juanote Colom, que estacionaba en la villa con tres mil peones y multitud de caballos y cinco piezas de artillería, de cuya tropa formaba parte sin duda la rechazada en Pollensa, como le preguntase el instador por las fuerzas del enemigo, abultóselas de intento hasta cinco mil el leal clérigo, no sin atraerse el enojo y las amenazas de los rebeldes. Viólos desde el templo, que escogió por prisión, marchar gente y bagajes hacia la Marjal á cortar al virrey la retirada, y á poco cruzarse los fuegos y huir los sediciosos, hasta que al anochecer pudo evadirse de la población abandonada, y los campos que de regreso á la Puebla atravesó cubiertos de cadáveres, pregonaban cuál había sido el destrozo de los agermanados. Mil se dice que murieron, muchos de Inca y otras villas del centro, que presentaron aquella noche al lugarteniente real sus homenajes y entregaron sus banderas: á Muro libró del saqueo el temor á la peste que la invadía, si es que ni aun apestados habían quedado en ella. Señalaron la marcha á Inca los árboles que al paso servían de horca á los presos; á la entrada desarmaron á Gurrea las súplicas del clero, y alborozáronse las campanas y las sagradas bóvedas con el *Te-Deum*. Allí y en Binisalem descansó unos días, pero noticioso de que se rehacían en Manacor y Petra los vencidos, apresuróse á ganarles la mano ocupando á Sineu, donde en 14 de Noviembre publicó un bando de perdón y salvoconducto general, que se pregonó sucesivamente, como repetido

Ilorca, de la cual éste se mostró singularmente enterado en el libro X, cap. 24 de su Historia; y notables documentos me han venido á confirmar el relato del autor valenciano.

por el eco, de una en otra villa del llano y de una en otra de las de la raíz de las montañas (1).

Precedieron en unos puntos á estas pacíficas invitaciones y siguieron en otros tumultuosas entradas y devastaciones de sublevados, que á fin de evitar en Sineu el encuentro, torcieron hacia Montuiri saqueándola, y no pararon hasta Lluçmajor, acosados de cerca por las tropas reales. En Lluçmajor el 19 repartió el virrey sus facultades con el procurador real Burgués, sin duda para restablecer el orden en Felanig presa de horrible anarquía: habían engañado á Onofre Ferrandell los alientos con que el día 2 se presentó en Alcudia á recibir por el rey la vara de baile y con que se lisonjeaba luego por escrito de haber llevado á cabo la reducción; unidos los desmandados del pueblo con los de Campos sitiáronle en su casa, y derribando el caracol en que se había metido, le mataron con un hijo suyo, sin que los numerosos amigos que en su auxilio acudieron lograsen sino participar bastantes de su sangriento destino. El espanto produjo reacción, y muchos hasta entonces agermanados subieron á engrosar la siempre leal guarnición del castillo de Santueri que tanto habían combatido, sin aguardar en la villa la llegada de Burgués ni oponérsele formal resistencia. Huían las huestes de Colom de habérselas en campo abierto, ni aun dentro de los lugares, con los aguerridos coseletes y soldados de las galeras; pero supliendo con la rapidez de los movimientos lo que de serenidad les faltaba, corrían las tierras y saqueaban las poblaciones y engrosábanse con la gente que de grado ó por fuerza reclutaban. En término de Manacor dieron muerte á mosén Hugo de Palou, oficial y sustituto de Gurrea, hecho atroz que se declaró exceptuado de indulto. Los resultados conseguidos en

(1) Publicóse en Algaida el 15 de Noviembre; en Porreras y Lluçmajor el 16, y el mismo día en Inca, Selva y Binisalem; en San Juan, Santa Margarita, la Puebla, Campanet y Pollensa el 18; en Felanig, Santañi y Campos el 20; en Alaró el 21; en Petra y Manacor se retardó su publicación hasta el 13 de Diciembre.

Binisalem y Alaró y aun en Sineu, sorprendida desde Sancellas con no escaso terror del ya sometido vecindario que se encerró en la parroquia y con muerte del baile Rebassa y de un par de fieles, engrieron su petulancia hasta el punto de acometer á Inca y combatirla, causando en su guarnición algunas bajas. Voló el virrey con su ejército ordenado, y en los campos del Rafel Garçés consiguió hacerlas entrar en batalla, que pronto se convirtió para ellas en carnicería, confundidos por el suelo capataces y seguidores y forzados, de la ciudad y de todo pueblo, faciosos y neutrales, malhechores é inofensivos; mezcla que, si estremece respecto de los quinientos fenecidos en combate, aterrera mucho más el que pudiese haberla en los cuarenta ahorcados á continuación en la plaza de Inca, y en los setenta colgados á granel luego en los contornos de Binisalem.

Horrible como aquel mes de Noviembre quizá no había pasado otro por Mallorca, y las escenas que en la isla entera se atropellaban harán comprender las impresiones y efectos que habían de producir en la capital. Todo lo más atroz á que todavía no ha podido determinarse fecha, el emparedamiento de Burgués dentro de su casa, el exterminio de la familia de Pedro Juan Safortesa, el degüello de niños cogidos en rehenes, el de ancianos tullidos en su lecho, muchas de las muertes sin distinción recogidas en una flébil y monótona *codolada* (1), se explican y caben en aquel período de extrema desesperación y furiosas represalias. Suspendidas en la catedral las solemnidades y tal vez el culto, apenas bastaba ya la invisible espada del anatema, que velaba á sus puertas, para detener á los asesinos ávidos de la sangre de los refugiados, cuyas vidas amparadas por las sagra-

(1) Rimado popular de la Edad media, conocido en Cataluña y Provenza y conservado hasta nuestros tiempos en Mallorca, de metro característico que consiste en un verso de nueve ú ocho sílabas alternado con otro de cinco, de consonantes pareados, correspondiendo el del verso corto con el del largo que sigue, de manera que se eslabonan los consonantes. Entre los apéndices merece figurar como relación coetánea dicha *codolada*.

das leyes del asilo se trataba de extinguir por hambre; y déjanse concebir cuáles serían las piadosas tretas de servidores y deudos á fin de proveer al sustento de los que vivían allí en reclusión indefinida, á proporción de las pesquisas y vejámenes empleados por los guardas para impedirlo: alguno que á la torre se asomó fué cazado con escopeta, otros murieron dentro del augusto recinto al rigor de las privaciones, de las dolencias ó del continuo susto. Guardas también había en las iglesias parroquiales y en otras, San Nicolás, Santa Cruz, Santa Magdalena, para prevenir que las tomaran por nido los mascarados, quienes para entrar en la última, decíase, trataban de abrir una mina: la fuerte torre de San Miguel, que hubo de servir de amparo al obispo trinitario en momentos que era desconocida por los furiosos hasta su mediación conciliadora, fué escogida más adelante para atalaya y defensa de la ciudad por el lado del norte. Mal habían de ser respetados, mejor que las personas, los depósitos de alhajas, caudales y escrituras, confiados á comunidades de uno y otro sexo por las víctimas y perseguidos. Cayeron sucesivamente por denuncia ó por registro en poder de los codiciosos escudriñadores; y el que en Santo Domingo se ocultaba, el más copioso é importante acaso, fué descubierto á consecuencia del alboroto levantado en el magnífico templo el día de Difuntos, en cuyo sufragio se repartían panes de limosna. No sé qué predicaría referente á paz ó sumisión el valenciano fray Gaspar Steva, no renunciando por lo visto después de un año de inútiles esfuerzos al apaciguador objeto de su venida (1); ello es que se inflamó en ira el mal dispuesto auditorio, que al rededor del púlpito se asestaron ballestas contra el fraile, que se derramaron las turbas por el convento, y destabizando por presunciones ó por aviso cierto un escondrijo, no sólo de riquezas sino de personas

(1) Véase el encargo que trajo del virrey Mendoza en Noviembre de 1521 (pág. 373), y cómo fué rechazada en Febrero siguiente la avenencia que propuso con Alcudia (pág. 380).

huídas é inermes, la emprendieron con ellas, y allí mismo ó en la calle dejaron tendidos once ó trece cadáveres, que aún no se libraron de soeces mofas y villanos golpes (1).

Mezclados en tropel confuso tras de cada derrota, especialmente después de la postrera del Rafal Garcés, metiéronse á bandadas en la ciudad artesanos y payeses, resueltos á defenderse hasta el último extremo. Con la peste que ya dejaba sentir allá dentro sus estragos, asociada al hambre su precursora, encerráronse ebrios de entusiasmo digno de mejor causa más de dos mil hombres de fuera, abandonando sus casas y familias, para abrazar la querrela y compartir la suerte de los ciudadanos, á quienes setenta años atrás tan rudamente habían combatido. Hallábanse de embajada en la corte el instador forense Pablo Casanovas colega de Colom y el clavario Antonio Tomás de Lluçmayor (2); pero suplíanlos en representación é influencia respecto de la payesía Miguel Torrent de Llubí, Juan Gili notario de Sineu, el famoso *Sarria* de Manacor, Bartolomé Bastart de Binisalem, el mismo hermano del dictador Antonio Colom de Felanig y su hijo Juan que no tardaron en morir uno tras otro, todos reclusos en la ciudad, proveyendo en unión con los jefes de los gremios á las gravísimas necesidades del inminente sitio. Ya no bastaban las confiscaciones y despojos de los mascarados; fué menester tomar prestados de la universidad, con autorización del lugarteniente Albertí y asentimiento de cuatro de los jurados, dos mil ducados de oro en 12 de Noviembre y cinco mil en 21. No se hizo aguardar el previsto trance, y desde el 1.º de Diciembre apareció la capital cercada de ejército en semicírculo por tres lados de tierra, y por el de mar cerrado todo

(1) Aunque de las informaciones resulta que los muertos eran gente de calidad, no se nombra mas que á un Jorge Salamanya y á otro Jorge Sitjes hermano de un notario.

(2) Partirían, juntamente con el jurado menestral Guillermo Colom, después del 8 de Agosto en que todavía formaron parte de la comisión nombrada para recibir al regente Ubach.